

AUTOBIOGRAFÍA

DEL

GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ

VOLUMEN I.



**OBSEQUIO DEL MINISTERIO DE EDUCACION
NACIONAL. - DIRECCION DE CULTURA**

IMPRESA DE HELLET Y BREEN
58 Y 60 CALLE DE FULTON
NEW YORK 1869

REPRODUCIDA POR
H. R. ELLIOT & CO., INC.
NEW YORK, N. Y.

1946

Entered according to Act of Congress, in the year 1867, by
JOSÉ ANTONIO PÁEZ,
in the Clerk's Office of the District Court of the United States, for the
Southern District of New York.

GIFT
GARNEGIE ENDOWMENT
AUG. 29, 1939

A VENEZUELA,
CON EL CARÍÑO ENTRAÑABLE
DEL MAS AMANTE DE SUS HIJOS,
J. A. PÁEZ.

“A LOS BRAVOS DEL EJERCITO DE APURE.

“Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito General Páez, de propósito deliberado, han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción.

“Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparáos al combate, y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.”

Cuartel General en los Potreritos Marrereños, a 3 de Abril de 1819.

B O L I V A R

REPRODUCCION FACSIMILAR DE LA EDICION
ORIGINAL EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA
DEL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE
AMERICA, WASHINGTON, D. C.

Nueva York

MCMXLVI

EDICION DEL
MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL
DIRECCION DE CULTURA



N.B. — HACEMOS CONSTAR QUE EN ESTA EDICION
HEMOS INCLUIDO: 2 retratos del General José Antonio
Páez, uno en traje de militar y otros de civil; una copia del
cuadro “Las Queseras del Medio”, la Proclama del Liberta-
dor a los Bravos de Apure y *Prólogo de Don José Martí*.

Todo lo cual no pertenece a la edicion original.

PROLOGO



Con homenaje digno de él despidieron los Estados Unidos, hace poco, los restos del que, sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejército que su horda, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró dieciseis años. En parada solemne fué escoltado el cadáver por las calles más nobles de Nueva York, desde el cuartel del regimiento de Milicias al muelle de donde, al son de los cañonazos funerales, lo transportó una lancha de vapor al buque de guerra que, por decreto del Congreso de Washington, llevaba los restos del héroe a Venezuela. Abría la parada la policía a caballo; la mandaba desde un coche, envuelto en su capa militar y con la muleta caída á un lado, el general Daniel Sickles, el que ganó la batalla de Gettysburg de una pujante arremetida; seguía la artillería, con sus obuses relucientes; la marina, de bayeta y cuero; la caballería, de amarillo y azul; la tropa de línea, sobria; la milicia, con colores y galas; una guardia de honor, gris; una escolta de oficiales mayores, con sombreros plumados y espadines de oro; otra de veteranos, con las mangas vacías prendidas al pecho. Las músicas vibraban. Las damas venezolanas saludaban el séquito con sus pañuelos, desde un balcón. Las aceras estaban llenas de curiosos. A la cabeza de los húsares iba Sheridan, el que de un vuelo de caballo cambió la fuga de sus escuadrones en Victoria. Presidiendo la comitiva iba Sherman, el que acorraló sobre sus últimos reductos al Sur exangüe. Cerraba el séquito doble hilera de coches, con los comisionados de Venezuela y los del Municipio, los ciudadanos prominentes que dispusieron estas honras, representantes de Boston y de Brooklyn, magistrados y generales, ministros y cónsules, neoyorkinos e hispanoamericanos. Aquella música heroica, aquel estruendo de cureñas, aquel piafar de la caballería, aquellos uniformes galoneados, aquellos carruajes de gente civil, eran cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del salvaje para ganar, en la defensa de la libertad, los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola, y morir al fin recomendando á sus compatriotas que, "como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas". En una caja amarilla, como su pabellón, iba el cadáver, con las coronas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, del Consulado de Santo Domingo, del 7° Regimiento, del fiel amigo Bebus, y una espada de flores, y la corona de los cubanos. "Cerca, mi Dios, de tí!" tocaba la banda a un lado del muelle, cuando iba el ataúd del féretro a la lancha, en hombros de ocho marinos. En fila la caballería, la artillería, las milicias, la tropa de línea. El cañón, de minuto en minuto. Todos los sombreros en las manos.

Aquellos honores eran eco del asombro con que los Estados Unidos oyeron contar, y leyeron en libros y diarios ingleses, las proezas del llanero épico que con el decoro y hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de veinte años en New York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero. Sus amigos de

entonces son hoy magnates de la banca, columnas de la religión, cabezas de la milicia, candidatos a la Presidencia de la República. "Aun lo recordamos", dicen, "cortés y verboso, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anécdotas, amigo de las damas y del baile, sin que lo de general y presidente se le viera más que en algún gesto de imperio de la mano ó en alguna centella de los ojos". ¡Aun recuerdan al prócer arrogante que en las noches de invierno les contó las guerras increíbles de aquellos hombres que cargaban, como Sánchez, un cañón auestas; de aquellas mujeres, que decían a sus esposos, como la de Olmedilla: "prefiero verte revolcar en tu sangre antes que humillado y prisionero;" de aquellos ginetes que amansaban al amanecer al potro salvaje con que a la tarde iban dando caza, asta contra anca, al enemigo. Así quisieron sus amigos de antes despedir con majestad al que tantas veces les apareció con ella. Así honró á aquella lanza insaciable el pueblo que se opuso, por razones de conveniencia, á que coronara su obra.

Nadie comenzó su vida en mayor humildad, ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que aparecen, con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen. Vió la luz á la orilla del agua el que había de librar en ella batallas de caballería, como en la tierra firme. Le enseñaron con sangre, en la escuela de la señora Gregoria, la doctrina cristiana y los palotes de Palomares; cartuchos de pulpería y panes de azúcar fueron sus primeras armas, cuando sirvió á su tío el pulpero de mancebo, y por la tarde le ayudaba e sembrar el cacaoal; pasó la mocedad de peón de ható, trayendo y llevando camazos de agua caliente, para que se lavase los pies el capataz de pelo lanoso que no veía con gusto su cabello rubio; á lomo pelado, sin más riendas que las crines, salió a la doma del potro salvaje, rebotando, mugiendo, salvando quebradas, echado al cielo, volando; escarmenaba cerdas para los cabestros o echaba correas a la montura, en los pocos ocios que le permitía Manuelote, sentado en un cráneo de caballo ó en la cabeza de un caimán, que eran allí los únicos asientos; "yo no le pregunto si sabe nadar", le decía Manuelote; "lo que le mando es que se tire al río y guíe el ganado;" su comida era un trozo de la res recién muerta, asada al rescoldo, sin pan y sin sal, y el agua de la tapara la bebida, y la cama un cuero seco, y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza; cantó á la puerta de su novia, en los domingos y las fiestas, aquella poesía selvática y profunda que suele interrumpir el rival celoso con otra poesía, y luego con la muerte; y de pronto, así como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo y de la víbora enroscada, surgen a las primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha, y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallidos y chispazos el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la señora Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a lo lejos, convocando al triunfo, los cascos del caballo de Bolívar, monta, arenga, recluta, arremete, resplandece lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, agujoneando con la lanza, como a ganado perezoso, á las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río; se les va encima; los llama a pelear; les pica el belfo de los caballos; finge que huye se trae a las ancas toda la caballería. "¡Vuelvan caras!" dice, con un poco más de cien, á la luz del Sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva a seis mil merce-

narios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza! Así venció en su primer pelea formal, en la Mata de la Miel; así en la última, trece años después, cuando aseguró la independencia del continente en Carabobo. "¡A vengar mi caballo!" dijo en la Mata, y se trajo sin ginetes, porque á lanzazos los sacó de las sillars, todos los caballos de López! "¡A vengar a mi negro Camejo!" dijo en Carabobo; carga con sus seiscientos, gana la rienda y rompe al enemigo, vuelve con todas "las lanzas coloradas" y es libre la América.

Tres años sirvió de soldado durante la primera guerra, y cuando en sus filas no habia llegado más que á sargento, en las del enemigo, triunfante en 1813, lo querian para capitán de caballería. ¿No era él quien desmontaba en un encuentro treinta ginetes? ¿el "tío", el "compadre", el "mayordomo" de los llaneros? ¿el que por generoso los deslumbraba, y por astuto, y por fuerte? ¿el que veía de una legua, clavaba de un saetazo a al puerco montés, domaba el potro con mirarlo fijo, volcaba al toro de un tirón de cola? Pero él se escurre por un lado del monte, á ser capitán de los patriotas, que á poco se le cansan, y ya no son más que veinte, y luego dos, y luego él solo. Le quitarán la espada con engaño; ¡porque frente a frente, ni el pueblo entero de Canaguá se la quitaría! Lo cargarán de grillos en Barinas: ¡a mí los más pesados!" Lo habrían matado de noche, como a todos los presos, á lanzazos, si con sus ruegos y los de un amigo no ablandase el corazón del carcelero, que le quitó los hierros. ¿A dónde irá ahora Páez? ¡A buscar su caballo y sus armas, para venir, él solo, a rescatar a sus compañeros! "¡Quién vive!" le grita la guardia. "El demonio, que pronto vendrá a cargar con ustedes!" Vuelve riendas. "¡Adelante!" grita á un batallón invisible. La guardia se echa por tierra. De un planazo se concilia al alcalde dudoso. Saca libres a ciento quince presos. Abre otra cárcel, llena de mujeres.

Y sin más, compañero que un gallardo español que no le conoce, y á quien dará después su bolsa, como para castigarse por haber pensado en cobrar en él toda la ofensa de que viene lleno, sale otra vez, sin aceptar el sacrificio cierto del pueblo de Barinas, que lo aclama por jefe, á levantar el ejército allí donde la libertad está, más segura que en las poblaciones, en los llanos. En los llanos, leales al rey, pero él levantará ejército! Sus primeros soldados son cinco realistas que le intiman rendición. Luego saldrá al camino, puesto en apuros para demostrar a los cinco reclutas cómo es verdad que tiene por lo cercano una compañía, que nunca llega; topa con una banda de indios; los aterra; los hace echar al suelo las flechas; con todas ellas y los arcos ata un haz; y se lo lleva á la espalda, y entra en el pueblo con los indios presos. Con los llaneros que desprecia García de Sena organiza en Mérida su primera compañía; con los prisioneros de su teniente en Banco Largo monta los "Bravos de Páez"; con el aguardiente y su palabra enardece de tal modo á los indios de Canabiche, temerosos de la fusilería, que los indios, transfigurados, se pican la lengua con la punta de la flecha, se embadurnan el rostro con la sangre que les sale de la herida y mueren abrazados á las cañones. Cuando no tiene más, sale a campaña con tres lanzas y un fusil; pero si quiere caballos para la gente que se le allega, ¿no van montados los realistas? si le faltan barcas con que defender el río, ¿para qué están las flecheras españolas, que huyen a cañonazos, corriente arriba? por eso escogió Páez de pinta rucia los caballos de sus mil llaneros, porque los rucios son buenos nadadores. Ni, los hombres, ni las bestias, ni los elementos

le habrán de hacer traición; porque él, que al empezar la pelea cae a veces sin sentido de la silla por la fuerza con que le acomete el deseo de ir a recibir los primeros golpes; él, que en cuanto se ve solo ataca, y en cuanto ataca vence; él, que cegado por el combate se va detrás del enemigo con un niño por único compañero, mientras su tropa se queda atrás entretenida con el botín; él, que arenga a sus lanzas de este modo, en la Mata de la Miel: "¡al que no me traiga un muerto lo paso por las armas!;" él no humillará jamás á un bravo, ni se ensañará contra el vencido. Al pujante Sánchez si lo sacará de la montura en el asta de la lanza, y como que, cuando lo tiene en tierra bajo la rodilla, "prorrumpe en palabras descompuestas é impropias del momento en que se hallaba," lo rematará de otro lanzazo; pero cuando un patriota sanguinario deshonor sus armas descabezando prisioneros indefensos, "ya al caer la quinta", no puede contener la indignación que le sofoca; pára al bárbaro; acude á su superior; defiende a los prisioneros delante de la tropa. "¡No; ni la más estricta obediencia militar," escribió luego, "puede cambiar la espada del soldado en cuchilla del verdugo!"

Así iba ya, de jefe suelto, algo más libre que al principio de jefes torpes y rivales celosos, á la cabeza de su gente de lanza que le adora, que le pára el caballo para pedirle lo que quiere, que le quita de las manos la lonja de carne que se lleva á la boca. Van por los ríos de noche, voceando para ahuyentar los caimanes; por los esteros cenagosos, sacando á pujos de brazos su animal ahogado; por los llanos encendidos, entre brotes de llamas, turbiones de humareda, bocanadas de polvo. No hay más comida que la res que matan; y los soldados, sin sombrero y vestidos de pieles, se apean, lanza en ristre, á disputarse el cuero fresco. La banda sigue al paso, afilando al chuzo de albarico, asegurando al ástil con correas de cuero la cuchilla floja. Páez va delante, "descalzo y maltratado de vestido," con unas calzas de balleta roídas hasta media pierna. Cruzan los ríos con las armas y la montura á la cabeza; al que no sabe nadar le hacen bote de un cuero; si la carga es mucha, con tiras sin curtir recogen los bordes de una piel, echan dentro lo pesado, y al agua van, con su caballo de una mano y la cuerda en los dientes. Al salir á un yagual, descubren a un hombre encunclillado, con las manos en la maraña del cabello, con la mirada fija en tierra; tiene a los pies, mondados, los huesos de su propio hijo. De cuando en cuando se encuentran, colgada en una jaula ó clavada en una escarpia, la cabeza de un patriota frita en aceite; un día, después de vencer, desclavan la cabeza de Aldao, y sale volando un pájaro amarillo, como su bandera, que tenía allí su nido!

¿Qué es Monteverde, qué es Calzada, qué es Correa, qué es Latorre, qué es Boves, qué es Morillo? Cuando aun tienen su plan en el cerebro, ya Páez está á sus talones deshaciéndolo. Adivina todas las vueltas y ardidés del español y calcula con exactitud los movimientos que deben nacer de sus defectos y virtudes. Obedece a sus presentimientos, y se salva. Al azar nada fía y lo prevé todo antes de empeñar el combate; pero ya en él, no pierde un gesto. Improvisa recursos singulares en los instantes más comprometidos. Engaña al más astuto. Siempre le ocurre lo que el enemigo no puede prever. Lleva la carne muerta de tres días, para que no lo delaten los buitres que caen sobre la matazón reciente. Cada encuentro le enseña el modo de vencerlo. Su estrategia es original, pintoresca y sencilla. Sobresale en simular un ataque, y vencer con otro; en fingir fugas de caballería, partir las fuerzas que le dan caza, y revolver con toda la gente sobre la una,

y luego sobre la otra; en sacar al campo al enemigo, de modo que la infantería lo envuelva; en decidir una batalla dudosa con una inesperada acometida. ¡Qué peleas, brazo a brazo, la de la Miel, la de los Cocos, la de Mucuritas, la de las Queseras, la de Carabobo! Aquellos mil hombres parecen un solo hombre: se tienden por la llanura, galopan al mismo son, ondean como una cinta, se abren en abanico, se forman en una sola hilera, se repliegan anca con anca, desbócanse en cuatro bandas, para revolver á una sobre el enemigo dividido; vuelven á escape del triunfo, sacudiendo las lanzas en alto.

No eran aún más que cien, allá por 1814, y ya Páez se iba á citar á combate con baladronadas al jefe realista. El jefe vencido se echaba al río y Páez se echaba tras él, cruzaba el río antes y lo esperaba á la otra orilla, para perdonarlo. Se les caen al suelo los potros moribundos y la pelea sigue pie á tierra. Va á venir por aquel lado el español; y lo aguardan hora sobre hora, tendidos sobre los cuellos de los caballos. Los apura el contrario numeroso y pasan la noche en el estero. Vienen á cazarlos con barcas y ellos se echan al agua, se acercan á la borda, se abullen en cuanto luce la mecha del cañón, pican con el asta el pecho de los artilleros, toman desnudos, lanza en mano, las flecheras desiertas. Se prepara Morillo, con el favor de la noche, á echarles encima sus fuerzas mayores; y Páez, que no sabe de Aníbal ni de sus dos mil bueyes, ata cueros secos á la cola de cuatro caballos, y á la vez que echa al aire un tiroteo, lanza á los brutos desesperados sobre el campo español, que presa del pánico levanta tiendas. Si el viento va detrás del enemigo, incendia la sabana, y en medio de fuego espantoso, entre columnas de humo y lenguas de llamas, carga catorce veces la caballería. A Puerto Cabello, entretenido en maniobras falsas, lo asalta de noche á caballo por el mar, y lo toma. Y cuando en 1818, horas después de abrazar por primera vez a Bolívar, quiere el héroe, impaciente, vadear el Apure, burlando las cañoneras españolas del Coplé, "yo tomaré las cañoneras", dice Páez; sus bravos se desnudan y se echan al río con los caballos en pelo y la lanza en la boca; nadan con una mano y con la otra guían a su cabalgadura; llegan a las cañoneras, saltan del agua al lomo, del lomo a la cubierta, de la cubierta a la victoria! Suyas son. Bolívar, vencedor, pasa el Apure.

Grande era Páez al resplandor de las llamas de San Fernando, incendiado por sus propios habitantes para que Morillo no pudiera hacer de él fortaleza contra los patriotas; grande en los llanos, cuando, hijar contra hijar, con luces émulas centelleándoles los ojos, iba su caballo blanco al lado del potro rucio de Bolívar; grande en las Queseras, tundiendo á los de Morales con el cuento de la lanza, cuando, de herir á los seis mil con sus ciento cincuenta, ya se le había embotado al asta el filo; grande en Carabobo, cuando, señalándose al contrario por su penacho rojo, que acude de sus infantes abatidos á su caballería desordenada, ve venir al "primero" de sus bravos, al negro Camejo cuyo caballo, muerto como su amo, cae de rodillas a sus plantas; de un vuelo del brazo cita á los ginetes que le quedan, y cuando un realista compasivo lo levanta del síncope que lo ha echado por tierra, del poder de España en la América no quedan más que los cascos, rojos por la sangre que empapa la llanura, de los caballos de Valencey y de Barbastro! Pero el llanero criado en el mando de su horda omnipotente jamás fué tan grande como el día en que de un pueblo lejano mandó llamar al cura, para que le tomase, ante la tropa, el juramento de ser fiel á Bolívar; ni aquel guerrero, saludado durante dieciseis años á la entrada de los caminos por las cabezas de

sus tenientes en la picota ó la jaula, venció nunca tanto como el día en que, roto con honor el último acero de España en Puerto Cabello, ni la humilló, ni se vengó, ni le colgó en jaulas la cabeza, ni la clavó en picas, sino que le dió salida libre del castillo, á tambor batiente y bandera desplegada.

¿Podrá un cubano, á quien estos recuerdos estremecen, olvidar que, cuando tras dieciseis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, á una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesta á cruzar el mar con el batallón de "Junín", "que va magnífico", para caer en un puerto cubano, dar libres á los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, á donde Junín tuvo que volver á marchas prontas, y la protesta del Gobierno de Washington, que "no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba?" Bolívar si lo deseaba, que, solicitado por los cubanos de México y ayudado por los mexicanos, quiso á la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, á la isla que parece salir, en nombre de ella, á contar su hermosura y brindar sus asilos al viajero cansado de la mar.! Páez si lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en la isla, !volvió á pedir su caballo y su lanza ! ! Oh, llanero famoso ! tú erraste luego, como yerra el militar que se despoja, por el lauro venenoso del poder civil, de la corona inmarcesible que los pueblos tributan á sus héroes desinteresados; tú creías tener razón para olvidar el juramento que empeñaste al cura; tú te dejaste seducir por el poder, cuyo trabajo complicado exige las virtudes que más se quebrantan en la guerra; pero jamás fuiste cruel, ni derramaste para tu provecho la sangre de los tuyos, ni deprimiste, para mantener un falso engrandecimiento, el carácter de tus conciudadanos! !Dondequiera que estés, duerme! Mientras haya americanos, tendrás templos; mientras haya cubanos, tendrás hijos!

José Martí

INDICE DEL TOMO I.

	Pág.
INTRODUCCION	v
CAPÍTULO I. —Mi nacimiento.—Primeros años de mi juventud.—Encuentro con saltadores.—Muerte de uno de ellos.—Mi huida al hato de la Calzada.—Qué son los hatos.—El negro Manuelote.—En los negocios.—1790—1809.....	1
CAPÍTULO II. —Situación geográfica de Venezuela.—Poblacion.—Puertos.—Rios navegables.—Defensa del territorio.—Ocupacion del trono de España por José Bonaparte.—Las colonias se deciden á sostener al lejítimo monarca.—Juntas.—Movimientos revolucionarios.—Guerra con España ..	12
CAPÍTULO III. —Me alisto en el ejército patriota.—Me retiro del servicio.—El general español Tiscar me nombra capitán de caballería.—Huyo, y acepto el mismo nombramiento en el ejército patriota.—Combate de Suripá.—Abandono de la tropa.—Entrada en Canaguá.—Viaje á Barinas.—Soy puesto en capilla.—Salgo de la prision.—Se me prende de nuevo y se me pone en capilla por segunda vez.—“El ejército de las Animas.”—1810—1813.....	26
CAPÍTULO IV. —Condicion de los prisioneros patriotas.—Mi salida de la prision.—Liberto á los demas presos.—Marcho en busca de Puy.—Llegada á Canaguá.—Sucesos ocurridos en aquel pueblo.—Captura de varios Indios.—Marcha á Barinas.—Soy nombrado gobernador y comandante de la provincia.—No acepto.—Me retiro al hato de la Calzada.—Persecucion del comandante Marcelino.—Fuga.—1813.....	41
CAPÍTULO V. —García de Sena me pone á la cabeza de la caballería de su mando.—Perfidia de este jefe.—Mi marcha hácia Mérida.—Amenazas del realista Lizon.—Pido servicio á Paredes.—Encuentro con los realistas en Estanques.—Mi temerario arrojó en la cordillera que se halla en el camino de Estanques á Bailadores.—Mi retiro en la ciudad de Mérida.—Me incorporo á las tropas del general Urdaneta.—Mi disgusto por una injusticia que quiso hacerme el comandante Chavez.—Mi plan de apoderarme de los territorios del Apure y atraerme los llaneros.—Paso á Casanare y me uno á Olmedilla.—Encuentro con los realistas.—Derrota de estos.—Crueldad del comandante Figueredo.—Mi protesta é indignacion.—1814..	5
CAPÍTULO VI. —Olmedilla hace matar en mi ausencia á setenta y seis de los prisioneros.—Figueredo se encarga del mando y trata de prenderme.—Desastroso fin de Olmedilla.—Accion de Chiro.—Dolencia inevitable en los combates.—Aventuras de una noche en el campo de batalla.—Traje de un militar en campaña.—Sorpresa de Palmarito.—El valiente Peña.—Cómo lo salvé.—Batalla de la Mata de la Miel.—Mi ascenso á teniente coronel.—Motiu militar en favor mio.—Lo desbarato.—1815.....	63

	Pág.
CAPÍTULO VII. —Ocupacion del pueblo del Mantecal por Vasquez.—El prebitero coronel Torrellas.—Lopez resuelve atacarme.—Me apercibo para la defensiva.—Tomo la ofensiva contra los españoles.—Contrariedades de la campaña de Apure.—El valiente capitan Antolin Mugica.—Su desastroso fin.—Paso á la parroquia de Arichuna.—Movimientos del ejército realista al mando de Latorre.—Comisiones que me da el jefe del ejército, coronel Francisco de P. Santander.—A mi vuelta soy nombrado jefe supremo en lugar de este.—Estado del ejército que tenia á mis órdenes.—1816.....	85
CAPÍTULO VIII. —Expedicion de Morillo.—Estado de Venezuela y Nueva Granada á su llegada.—Sitio y ocupacion de Cartagena.—Crueldades de Morillo.—Sistema de guerra adoptado por los patriotas.—Organizacion del ejército.—Emigracion.—Encuentro en "Los Cocos".—Accion del Yagual.—Entrevista con el realista Lopez.—Toma de Nutrias.—Suceso en la boca de Masparro.—Sorpresa á unas lanchas nuestras en la boca de la Portuguesa.—Acciones en el Palital y Rabanal.—Marcha á Achaguas.—Terror de algunos patriotas al saber los movimientos de Morillo.—Defensa del ejército de Apure.—Correccion de algunos errores de Baralt.—1815-1816..	94
CAPÍTULO IX. —Me reuno con Nonato Pérez.—Accion de Mucuritas.—Derrota del general Latorre.—Operaciones sobre Barinas y Casanare.—Sorpresa dada á los realistas en Chire.—Disensiones en Casanare.—Continúo mis operaciones sobre Barinas.—"Arrojo asombroso" de Iribarren en Banco Largo.—Batallon "Bravo de Páez".—Derrota del comandante realista Perera.—Mi campamento en el Yagual.—Heróicos hechos de Vicente Peña y de Aramendi.—Nos hacemos en Barinas de los elementos que necesitábamos.—Vuelta al Yagual.—Arribo de los comisionados mandados por el Libertador.—Mi reconocimiento de su autoridad como jefe supremo.—Apresamiento de las lanchas enemigas en la boca del Coplé por nuestra caballeria.—1817-1818.....	123
CAPÍTULO X. —Marcha sobre Calabozo.—Me apodero del ganado que el enemigo tenia en la orilla de esta ciudad.—Morillo sale con su estado mayor á cerciorarse de la proximidad de nuestro ejército.—Carga que le dimos y peligro que corrió el general expedicionario.—Derrota de trescientos búsaes europeos.—Plan de Bolivar.—Mi opinion sobre dicho plan.—Respuesta á los cargos de insubordinacion que me ha hecho Restrepo.—El plan de campaña que propuse al Libertador.—Voy á tomar la plaza de San Fernando.—Encuentros en el caño de Biruaca, en el Negro y en la Enea.—Reunion de las fuerzas del coronel Lopez con las del general Latorre.—Bolivar se reuno de nuevo conmigo.—Persecucion de Latorre.—Combate en Ortiz.—Muerte de Genaro Vasquez.—Mi marcha contra Lopez.—El Libertador se salva milagrosamente en el Rincon de los Toros.—Movimiento de Latorre.—Accion de Cogédes.—Marcho á San Fernando.—Vuelta á Acháguas.—Las tropas de San Fernando me nombran general en jefe.—Defensa del ejército de Apure.—1818.....	151
CAPÍTULO XI. —Regreso de Bolivar á Angostura.—Morillo se presenta delante de San Fernando.—Heróico patriotismo de los habitantes de esta ciudad.—Incidente curioso de mi campaña contra Morillo.—Varios encuentros de las fuerzas de mi mando con las de los realistas.—Mi opinion sobre el plan de operaciones que debiamos adoptar contra Morillo.—Gloriosa victoria en las Queseras del Medio.—Fuga de los realistas.—Proclama de Bolivar á los Bravos de Apure.—Lista de los héroes de las Queseras del Medio.—1819.....	174

CAPÍTULO XII. —Persecucion á Morillo.—Encuentro en la “ Sacra Familia.” —Marcho contra Morales.—La emboscada en Caramacate.—Bolívar se reune conmigo en Acháguas.—Marcha á Barínas.—Bolívar me ordena marchar á Guasualito para prender á Nonato Pérez.—Mi opinion de marchar á la Nueva Granada en vez de ir sobre Barínas.—El Libertador me escribe á Guasualito.—Se reune conmigo en este punto.—Marcha á la Nueva Granada y yo quedo obrando en el Apure.—Accion de la Cruz.—Heróica defensa de los españoles.—Penalidades sufridas en la marcha á Acháguas.—Apresamiento de once embarcaciones realistas.—Ocupacion de las fuerzas de mi mando en el Apure el año 23.—Morillo envia comisionados á los generales patriotas.—Entrevista de Morillo y Bolívar en Santa Ana.—Armisticio.—Mi opinion sobre la suspension de las hostilidades.—Morillo se embarca para España.—Juicio sobre las campañas de Morillo.—1819-1820.....	188
CAPÍTULO XIII. —Fin del armisticio.—Mi penosa marcha á Guanare para reunirme al Libertador.—El general Latorre envia á este un parlamento.—Latorre deseeo de saber si yo me habia reunido con Bolívar.—Contra-marcha á Carabobo.—Gloriosa jornada en el llano de este nombre.—Documentos oficiales.—1821.....	203
CAPÍTULO XIV. —Mi regreso á Valencia.—El Libertador marcha para la Nueva Granada.—Soy nombrado comandante de uno de los distritos militares en que dejó dividida á Venezuela.—Operaciones de mis fuerzas contra algunos jefes realistas.—Morales sale de Puerto Cabello, desembarca en algunos puntos de la costa y al fin se ve obligado á volver á aquel puerto.—Los realistas salen de Puerto Cabello sobre Valencia.—Destruccion de un destacamento realista en Patanemo.—Pongo sitio á Puerto Cabello.—Las enfermedades me obligan á levantarlo.—El general Calzada toma el mando de la plaza.—1821-1822.....	217
CAPÍTULO XV. —Sitio de Puerto Cabello.—Intimacion á Calzada.—Su respuesta.—Me resuelvo á tomar la plaza por asalto.—Peligrosa operacion.—Rendicion de la plaza y el castillo.—Pérdidas de los realistas y patriotas.—Artículos de la capitulacion.—1823.....	230
CAPÍTULO XVI. —Esfuerzos de los patriotas por conseguir auxilios de las potencias europeas y de los Estados Unidos.—Simpatía del pueblo inglés y del americano por la causa de la independendencia sur-americana.—Reconocimiento de Colombia.—Breves consideraciones sobre la Doctrina de Monroe.—Congreso de Panamá.—1822.....	244
CAPÍTULO XVII. —Marcha triunfal de Puerto Cabello á Carácas.—El Congreso decreta una leva de cincuenta mil hombres.—Movimiento revolucionario en Petare.—Pretensiones del capitan Dupotet, de la marina francesa.—Mi respuesta.—Mi proclama derogando el bando de asamblea.—1824-1825.....	271
CAPÍTULO XVIII. —Acusacion ante el senado de Colombia.—Aparente duplicidad del general Santander.—La época mas funesta de mi vida publica.—Pronunciamiento de las municipalidades de Venezuela.—Los pueblos ansiosos de reformas.—Asamblea en el convento de San Francisco de Carácas.—Mi carta y oficio al Libertador explicándole mi conducta.—1826..	296
CAPÍTULO XIX. —Llegada del Libertador á Venezuela.—Nuestra cordial entrevista.—Decretos y proclamas.—Entrada triunfal en Carácas.—Obsequio al Libertador en esta capital.—Vuelta del Libertador á Bogotá.—Consejos que me dió ántes de separarnos.—1827.....	364

	Pág.
CAPÍTULO XX. —Cuba	377
CAPÍTULO XXI. —Conspiraciones realistas.—Coronado y los Castillos.—Conspiracion en Barinas.—Motin en Angostura.—Persecucion de las partidas rebeldes y su exterminio.—Oficio al Libertador.—1827-1828.....	406
CAPÍTULO XXII. —Persecucion de varias partidas realistas.—Liegada del teniente coronel español Arizábalo para ponerse al frente de ellas.—Su persecucion por las tropas de mi mando.—Capitulacion de Arizábalo.—Instrucciones que el general Latorre le habia dado.—1827-28-29.....	426
CAPÍTULO XXIII. —Estado de Colombia al convocarse la Convencion de Ocaña.—El partido militar.—El general Padilla.—Instalacion de la Convencion.—Mi comunicacion á los representantes del pueblo de Ocaña.—Mi opinion sobre los primeros trabajos de la Convencion.—Disolucion de la Convencion.—Bolívar dictador.—Reconozco al Libertador como jefe supremo.—Proclamas.—Conspiracion del 25 de Setiembre.—Mi carta al Libertador.—Mis medidas en Venezuela.—1828.....	446
CAPÍTULO XXIV. —Proyectos para establecer una monarquía constitucional en Colombia.—Injustos cargos contra mí.—Documentos inéditos.—Mis opiniones sobre forma de gobierno.—1829.....	469
CAPÍTULO XXV. —Situacion interior de Colombia.—Manifiesto á los colombianos del Norte—1829.....	519
CAPÍTULO XXVI. —Dificultades de mi posicion en Venezuela.—Insurreccion del general Córdova.—Carta que me escribió, invitándome á tomar parte en ella.—Llegada á Venezuela del general Santander en calidad de preso.—Mi correspondencia con él en aquellas circunstancias.—Juicio sobre el general Santander.—Dificultades con que yo habia de luchar si el Libertador abandonaba á Colombia.—Su circular de 14 de Octubre á los departamentos de Colombia.—Sus consecuencias.—Junta de ciudadanos en el convento de San Francisco, en Carácas —Mi comunicacion al ministro del interior.—Mi defensa del Libertador.—Carta al Libertador.—Convoco una junta en el Coliseo de Carácas.—Exposicion del pueblo de Carácas al Libertador.—Carta del general Soublette al general Urdaneta.— Respuesta á algunos cargos que me hace Restrepo. —1829.....	543

INTRODUCCION.

Va siendo costumbre y es deber de todo hombre que ha figurado en la escena política de su patria, el escribir la relación de los sucesos que ha presenciado y de los hechos en que ha tenido parte, á fin de que la juiciosa posteridad pueda con copia de datos y abundancia de documentos desentrañar la verdad histórica que oscurecen las relaciones apasionadas y poco concordantes entre sí de los escritores contemporáneos. He aquí por qué despues de los afanes de una vida agitadísima, acometo hoy la empresa de abrir el archivo de mis recuerdos, de registrar los documentos que he logrado salvar de los estragos del tiempo y de las tempestades revolucionarias, y de ocuparme en fin en la penosa tarea de redactar lo que me dicta la memoria y me recuerdan dichos documentos.

La revolucion hispano-americana, último episodio de la gran epopeya que comenzó en la América del Norte y tuvo su período mas interesante en Francia, no ha sido todavía apreciada en todo su valer, ya como espléndido triunfo de las ideas de la civilizacion moderna, ya como amaestramiento para los pueblos que de súbito cambian el sayo del esclavo por la túnica del hombre libre. Las opiniones de los historiadores que han escrito sobre los sucesos de tan importante época no estan de acuerdo en muchos puntos capitales, quizá porque no tuvieron á la vista documentos

inéditos, que tambien á veces no se producen al público, ya por interes que en ello tiene el escritor apasionado ó ya por consideraciones con que tropieza todo el que se ocupa de hechos contemporáneos.

El patriotismo de algunos hombres ilustrados reunió en veinte y dos volúmenes los documentos oficiales de Colombia que existian en los archivos públicos y privados, y allí se hallan los datos mas fehacientes de los sucesos de aquel tiempo.

Don Feliciano Montenegro, venezolano de bastante instruccion, dió tambien á su patria un libro dedicado á la juventud, libro que en pocas pájinas recorre todos los principales sucesos de la historia de la independenciam, y de gran precio, pues el autor presenci6 los hechos que refiere, y como estuvo en las filas de los realistas con alta graduacion militar, da valiosas informaciones que hoy solo pudieran hallarse en los impenetrables archivos españoles.

Despues de él, el Sr. Restrepo, secretario de Relaciones Extranjeras de Colombia, publicó su obra, de la que hizo mas adelante una nueva edicion arreglada y aumentada.

El Sr. Baralt visti6 con las brillantes galas de un estilo castizo y puro las relaciones de los que le precedieron en la empresa.

En la parte en que se refieren á los sucesos de mi vida, he advertido en los dos últimos graves errores, sobre todo en Restrepo, quien dejándose arrastrar en mas de un capítulo por el espíritu de provincialismo, se muestra sobradamente injusto y demasiado parcial en sus juicios y apreciaciones.

Si el deseo de dar á mi patria un documento más para su historia no fuera suficiente estímulo para hacerme emprender el trabajo que me he tomado de escribir mis Memorias, moveríame á ello la necesidad en que me han puesto mis adversarios políticos de contestar á algunos cargos que me hacen,

con agravio de la verdad y desdoro tal vez de las glorias de la patria. Gracias sean dadas á la Providencia que me ha prolongado la vida suficientemente para haber oido lo que todos han hablado y poder hablar cuando todavía algunos no han callado. Es pues mi ánimo é intencion decir todo lo que sé y tengo por cierto y averiguado; corregir algunos errores históricos en que han incurrido los escritores, y sin dejar de confesar las faltas que haya cometido por error de entendimiento y no de corazon, defenderme de los ataques que contra mí ha fulminado la mala fé ó el espíritu de partido, que pocas veces hace justicia al adversario.

Cuál sea la causa que me haya atraido esa animadversion de algunos escritores, lo comprenderá fácilmente quien conozca los odios que dividen nuestra sociedad política; y como los principios que en ella se disputan el predominio no son de todos conocidos, paréceme oportuno dar aquí una idea de ellos para instruccion de quien lo ignore.

Al declarar nuestra emancipacion política del gobierno español, se presentó á las colonias el grandioso ejemplo de pueblos que con el nombre de Estados Unidos se habian confederado en obsequio de la comun seguridad sin perder cada seccion su soberanía y fueros particulares. El espectáculo de la prosperidad que gozaban estos paises hizo creer á algunos hombres que eran aplicables á los nuestros los mismos principios que veian desenvolverse allí con el mejor éxito. Creyeron que los españoles con el sistema de reunir las diferentes colonias fundadas por diversos conquistadores, bajo la soberanía de vireyes ó capitanes generales, habian dejado un grave mal en el pais, y que todo lo que fuera centralizar el poder, aún bajo la forma mas democrática, era rezagos de la dominacion española que debian destruirse como indignos de un pueblo que habia alcanzado la libertad á costa de tantos sacrificios. Asi, pues, se creyó por algu-

nos que centralizacion y despotismo eran sinónimos, y que con dicho sistema de gobierno se humillaba la dignidad de los pueblos, y se les ponía de nuevo bajo el régimen monárquico. Semejantes doctrinas, tan bellas como seductoras, comenzaron á difundirse por todos los pueblos de la emancipada América, y cada ciudad que habia sufrido algo con la guerra, ó que podia presentar algun título histórico, aspiró á ser capital de un Estado soberano é independiente, así como cada individuo se creyó tambien en el deber de combatir las doctrinas opuestas con los mismos medios con que se alcanzó la independencia.

Hombres respetables que conocian el estado de la sociedad, si bien admiraban los generosos impulsos de la generacion naciente, se oponian á adoptar en el gobierno de su patria principios que pudieron producir excelentes resultados en la América del Norte, pero que en un país donde habia imperado mucho tiempo el despotismo y donde habian quedado todos los vicios de la dominacion colonial, era imposible establecerlos si no se daba al pueblo una nueva educacion. Oígame, pues, lo que escribe el Sr. Restrepo, que fué secretario de Estado de Colombia y primer historiador de la república :

“ El autor de esta historia concurrió á formar el acta de
“ federacion y fué entusiasta por aquel sistema. Seducido
“ por el rápido engrandecimiento de las repúblicas de los
“ Estados Unidos y por la completa libertad que gozan sus
“ moradores, tenia la mayor veneracion por sus instituciones
“ políticas. Entónces juzgaba con los primeros hombres de
“ Nueva Granada que nuestras provincias se hallaban en el
“ mismo estado que las del Norte América en 1776, cuando
“ formaron su confederacion. Empero las lecciones del
“ tiempo y de los sucesos que ha presenciado, junto con
“ sus reflexiones, le persuadieron bien pronto de lo con-

“ trario. Habia y aun hay una gran diferencia entre los
“ Estados Unidos, que se fundaron y crecieron á la som-
“ bra de instituciones republicanas, y provincias que siem-
“ pre habian dependido de un gobierno monárquico y
“ despótico; en estas eran absolutamente nuevas las for-
“ mas democráticas, muchas de las cuales se oponian á cos-
“ tumbres, hábitos y preocupaciones envejecidas. En aque-
“ llos Estados, por lo general, solo hubo que variar la eleccion
“ de los gobernadores que hacia antes el rey de Inglaterra.
“ Las cartas constitucionales y las leyes de las antiguas pro-
“ vincias del Norte América sirvieron para las mismas des-
“ pues que se transformaron en repúblicas. En la Nueva
“ Granada, por el contrario, fué preciso para establecer el
“ sistema federativo, variar casi todo lo que existia. No es
“ admirable, pues, la poca subsistencia de nuestros Estados
“ nacientes; sus leyes no convenian á los pueblos y contra-
“ riaban sus antiguos habitantes.” (Historia de Colombia,
tomo I, página 147, nota 9.)

El mismo Libertador decia en su mensaje al congreso de Angostura:

“ Cuándo mas admiro la excelencia de la constitucion fede-
rativa de Venezuela, tanto mas veo la imposibilidad de apli-
carla á nuestra situacion, y segun mi modo de pensar, es un
milagro que su modelo en el Norte de América haya existido
con tanta prosperidad y que no haya caido en la confusion á
la primera apariencia de peligro ó de dificultad. A pesar de
esto, aquel pueblo es un ejemplo de virtud política y de
rectitud moral: la libertad ha sido su cuna, ha crecido en la
libertad y se mantiene en pura libertad. Añadiré que aquel
pueblo es el único en la historia de la raza humana; y repito
que es un prodigio, que un sistema tan débil y complicado
como el federativo, haya podido existir bajo circunstancias
tan difíciles y delicadas como las que han ocurrido. Sin

embargo: cualquiera que sea el caso respecto al gobierno, debo decir del pueblo americano que la idea nunca entró en mi espíritu de asimilar la situacion y la naturaleza de dos naciones tan distintas como la anglo é hispano-americanas. ¿No seria muy dificil aplicar á España el código político civil y religioso de Inglaterra? Pues aun mas dificil seria adoptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice el espíritu de las leyes que las leyes deben ser conformes al pueblo que las hace, y que es por una gran casualidad, que las de una nacion convengan á otra?—que las leyes deben tener relacion al estado fisico del país, á su clima, á la calidad de su suelo, á su situacion, á su extension y al método de vida de sus habitantes, refiriéndose al grado de libertad que puede soportar la constitucion, á la religion del pueblo, á sus inclinaciones, á sus riquezas, á su número, á su comercio, á sus costumbres y á su moralidad?”

Ademas de los inconvenientes de adoptar principios exagerados en pueblos que empezaban á comprender las ventajas de la libertad, muchos patriotas sabiendo que España no desistia de sus pretensiones de reconquista, creyeron que solo podian ser respetados los nuevos países por medio de una fuerza central que en caso de peligro pudiese obrar sin estorbo alguno en el interior contra las agresiones exteriores. Nada de odioso ni despótico podia tener esta centralizacion del poder, puesto que el jefe del gobierno ejercia la autoridad que en él depositaba el pueblo por un limitado espacio de tiempo. Confieso que semejantes doctrinas no suenan tan bien como las que predicán sus contrarios; pero en tratándose de intereses sagrados y vitales no hay que dejarse halagar por teorías que suenan gratas al oido, sino poner en práctica verdades que produzcan resultados positivos.

A los defensores de estos últimos principios he pertene-

cido. Por ellos he tenido que sufrir persecuciones, destierro, pérdida de bienes, miseria, y todo esto habria tenido en poco si no hubiese llegado el caso de que mis contrarios me atribuyan, para satisfacer su encono, faltas que no he cometido y errores en que no he incurrido. No negaré que haya cometido algunos; pero ¿quién no ha sido engañado, si ha tenido por algun tiempo que habérselas con multitud de hombres sin que Dios le haya concedido la maravillosa gracia de conocer la verdad bajo la máscara con que se cubre la ambicion y el deseo de medrar á costa ajena?

¡ Cuántas veces me he ocupado de la suerte futura de América! Cuestiones de importancia se han de agitar todavía, y lo que actualmente está sucediendo era de preverse, atendido el estado de debilidad á que ha conducido la anarquía que ha desolado nuestros paises. Ella ha provocado esas injustas agresiones que hoy dia enardecen odios que ya el tiempo empezaba á extinguir, y que como era de esperar, no han producido mas resultados que convencer á la América española de que solo la union y la fuerza material hacen fuertes y respetados á los pueblos que tienen intereses comunes.

No creo que España vuelva á conquistar ni un palmo del terreno que ántes poseyó, mientras haya *llanos*, *pampas* y *sabanas* que conviden al hombre al goce de la libertad; pero que la América del Sur llegue á ser lo que parece estar llamada á ser, obra será de muchos años. Las discordias intestinas continuarán miéntras esten vigentes las causas de la anarquía, y mas tarde ó mas temprano la cuestion de límites, el derecho de navegacion por sus grandes rios harán surgir nuevas dificultades. ¿Todas estas cuestiones llegarán á hacer que en la América del Sur se establezcan esas nacionalidades, celosas las unas de las otras, como acontece con los diversos Estados que constituyen la Europa?

Yo tengo fé en el porvenir, pero no veo otro medio para que el pueblo pueda entrar sin peligro alguno en las vias de las reformas que exija el progreso de las ideas modernas, *sino la educacion propagada liberalmente en todas las clases de la sociedad.*

No dejaré de consignar en este prólogo un deseo que he acariciado por mucho tiempo, pero que parece irrealizable mientras España tenga colonias en América. Yo hubiera deseado ver siempre no solo la union fraternal de los paises suramericanos, sino de todos estos con su antigua metrópoli, y aun alimentaria tan balagüeñas esperanzas si los hechos que estan actualmente verificándose no hubieran venido á destruirlas. Reconocida por España la independencia de sus antiguas colonias, estas y aquella, depuestos los odios que la guerra habia encendido, debieron de existir unidas por los poderosos lazos del comun origen. Así nos hubiéramos conocido más los unos y los otros y presentaríamos al mundo el grandioso espectáculo de mas de cuarenta millones de hombres que reconociendo el mismo origen, hablando la misma lengua, y teniendo los mismos vicios y virtudes, se unian siempre para estimularse en toda idea civilizadora. La generacion actual habria olvidado los agravios de sus padres, y los hermanos de uno y otro hemisferio hubieran mantenido siempre un comercio fraternal, cambiando generosamente sus producciones territoriales y compitiendo noblemente en sus triunfos literarios.

A mí me consta que algunos hombres liberales de uno y otro hemisferio estaban animados de estos mismos deseos, y fuerza es confesar que solo á los gobiernos que ha tenido la desgraciada España, se debe que hoy no exista esa fraternidad que debiera haber entre pueblos los cuales, si bien ocupan puntos opuestos en la superficie de la tierra, conservan aun las virtudes y vicios de sus padres y habitan paises cuya naturaleza física es casi idéntica.

En cambio, la enemistad de España que no nos ha causado ni puede causarnos mal alguno, ha servido para mantener unidos á los americanos en un interés comun.

Hay hombres que predicán todavía la doctrina de razas en Amérjca, y que quieren levantar una cruzada de los pueblos que llaman latinos contra lo que dicen pretensiones ambiciosas de la raza anglo-sajona. Esta doctrina, que no es mas que un plan de agresion europea contra los Estados Unidos, que representan en el mundo el poder de la democracia, solo podrá hallar adeptos entre quienes desconozcan el estado de la república de Washington y el de los países hispano-americanos. Además, es hecho desmentido por la mas leve observacion que en toda América existan intereses de raza alguna. En este continente se está verificando continuamente la fusion de todas ellas, que es resultado del progreso moderno y del principio de la fraternidad universal.

Terminaré esta introduccion recomendando á mis compatriotas encarecidamente que tengan valor y armas *solo* para una guerra estrangera y que trabajen con fé y devocion por el porvenir de nuestra patria, que solo necesita paz, y mas que nada órden, para el desarrollo de todos los variados elementos de prosperidad, á los cuales no se ha atendido por las disensiones y anarquía que han assolado siempre países tan favorecidos por la mano del Hacedor Supremo.

JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

NUEVA YORK, Abril 19 de 1867.